



Discernimiento

Viator Web N° 83, Abril 2018



La persona humana está llamada, individual y colectivamente, a ejercitar su discernimiento cuando debe elegir lo que debe hacer. Discernir implica búsqueda, escucha y, además para un cristiano, una referencia absoluta: la voluntad de Dios.

En vísperas del 30º Capítulo general de la Congregación, ***Viator Web***, ofrece un texto que recuerda los elementos para el discernimiento, las actitudes que hay que desarrollar y las referencias que conviene tener. Discernir se convierte así en un movimiento para el encuentro con un Dios que nos hace un guiño para una mayor fidelidad.

¡Buena lectura!

DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL EN LA TOMA DE DECISIONES EN LA VIDA RELIGIOSA

Ser hombres y mujeres de discernimiento

El cauce más adecuado para buscar la voluntad de Dios es el discernimiento: preguntarse, con humildad y sinceridad, qué quiere Dios de la Congregación, de la provincia en este momento de la Iglesia.

Hay que pedir al Señor el don del discernimiento porque «la voluntad de Dios puede estar disimulada bajo múltiples posibilidades; no es algo establecido de una vez para siempre, es distinta en cada situación diversa, y es preciso discernir cada día cuál es la voluntad de Dios» (Bonhoeffer). El discernimiento no se reduce a un procedimiento más o menos formal, ni se improvisa, sino que requiere poseer, como don, una actitud de vida, que crece o se debilita junto con el dinamismo de nuestra vida de fe.

Para tener una actitud de discernimiento es necesaria la unión con Dios, que el superior debe fomentar en su vida y en cada uno de sus hermanos; esta experiencia continuada ayuda a hacer posible la unión de los ánimos en la Congregación y la eficacia en el envío en misión, completando así el objetivo y la finalidad del gobierno.

¿Qué es discernir en el Espíritu?

Elegir desde el discernimiento según el Espíritu

La toma de decisiones de las personas, las comunidades y las instituciones cristianas deben estar siempre iluminadas y guiadas por la luz del Espíritu y conformadas con los valores evangélicos. Se hace imprescindible la práctica de un discernimiento según el Espíritu, que supone una serie de exigencias específicas.

El discernimiento espiritual necesita del análisis de los datos de la realidad, pero va más allá. Detrás de los hechos y los acontecimientos concretos de las instituciones religiosas, hay otras motivaciones mucho más decisivas para nuestras opciones: la voluntad de Dios.

Se trata de que el hombre discierna y elija

no con la sola luz de la razón y los medios humanos a su alcance, sino también con la luz del Espíritu que Jesús nos ha prometido. (cfr. Jn 14,26).

Responder a una llamada de Dios – Vivir la vida como vocación

El discernimiento es una manera de vivir, una actitud fundamental que condiciona un modo de situarse ante la historia, ante la existencia, desde la fe en que Dios está presente en esa historia y la dirige: «en Él somos, nos movemos y existimos» (Hech 17,28). Buscamos el querer de Dios porque entendemos que la vida personal, de la comunidad o de la Congregación, antes que ser un proyecto nuestro es un

proyecto que el Señor nos encomienda y vamos realizándolo; pero sus elementos se nos van dando a conocer poco a poco, y siempre a través de mediaciones.

La búsqueda de la voluntad de Dios - Tarea de la existencia cristiana

La tarea fundamental del discernimiento es la búsqueda de lo que Dios quiere de mí, de nosotros, en esta decisión que debemos tomar, en la orientación que es necesario dar a nuestro quehacer congregacional, etc. La clave del discernimiento estará en aprender a buscar para encontrar esa voluntad de Dios. Estar abiertos a la escucha de Dios constituye el núcleo de la actitud de discernimiento espiritual que conduce a una decisión.

Buscamos porque Dios sale a nuestro encuentro. El presupuesto es, por tanto, que Dios quiere hablarnos, quiere transmitir su voluntad y la podemos conocer. Dios está constantemente emitiendo señales hacia nosotros. Dios es comunicación. Por eso, el gran imperativo a Israel es: ¡escucha! y el peor reproche profético, es el del embotamiento de su corazón, y la no escucha de la palabra de Dios. Nos puede ocurrir como a los de Emaús: oímos, pero no escuchamos, no nos comunicamos..., estamos puntualmente informados, pero no nos enteramos de lo que esa información significa, tenemos todos los datos, pero no sacamos las verdaderas conclusiones, los interpretamos desde nuestra situación y estado de ánimo.

El combate interior - Necesidad de la vigilancia

No es fácil interpretar los signos y el lenguaje de Dios, son problemáticas las mediaciones y las concreciones son frecuentemente ambiguas y discutibles; pero, sobre todo, son «imprevisibles los

costos que conlleva la acogida de Dios y la desconcertante lógica del evangelio que implica su realización». Tomar la opción que Dios quiere en este o aquel asunto, tropieza con resistencias, dificultades y engaños, sutiles a veces.

Estas experiencias de prueba y tentación se repiten en la vida del cristiano y en las comunidades e instituciones. Hay indiferencia de las personas, y hay indiferencia del grupo; hay apertura y cerrazón de las personas, pero también de los grupos, como hay búsqueda personal y búsqueda colectiva, consolación y desolación personal y del grupo.

La libertad es difícil de practicar en las personas y en los grupos. Tropieza con obstáculos externos e internos, que son más sutiles aún. El Espíritu de Dios no es el único que trabaja en nosotros. En todo quehacer por el Reino se confrontan no solo los valores y fuerzas antievangélicas que hay en la sociedad y en la cultura en que vivimos, sino que también en nosotros mismos hay un combate entre el impulso del amor y el del egoísmo, como apego a nosotros mismos y resistencia a salir de sí. La lógica antievangélica internada en nuestro corazón se manifiesta en afán de prestigio, protagonismo, deseo de poder, dominio, cuidado de la propia imagen... Nunca reconoceremos, ni siquiera ante nuestra conciencia, que buscamos el poder y el prestigio, o nuestros intereses personales, cuando estamos defendiendo una alternativa en una toma de decisiones; la enmascaramos con mil razones.

(Cf. Darío Mollá, *Discernimiento y Vida Cristiana*, pliego de *Vida Nueva*, no 2204, octubre 1999, p. 25).

Presupuestos y actitudes para discernir

Existen dos clases de discernimiento: a nivel personal y a nivel comunitario (Consejo, comunidad, Capítulo, etc.). Ambos tienen los mismos objetivos: buscar y hallar el querer de Dios para llevarlo a la práctica y son complementarios.

Buscar la voluntad de Dios requiere, en los que discernen, actitudes que hagan posible descubrirlo, elegir lo que le sea agradable y llevarlo a la práctica; de ellas, unas son más exigibles en un discernimiento personal y otras imprescindibles en el discernimiento en común.

Dejar espacio a la actuación del Espíritu

La decisión no es el fruto de un esfuerzo voluntarista, se descubre, no se fabrica, el Espíritu nos la va mostrando. El proceso del discernimiento tiene en cuenta nuestras facultades y considera los datos y los diversos análisis, pero es el Espíritu el que hace luz en la voluntad para elegir una opción concreta. Hay condiciones espirituales que garantizan y hacen fructífero este proceso de decisión. La primera es la que resume nuestra consagración al Señor en la vida religiosa.

El seguimiento y la identificación con Cristo

En el discernimiento tenemos necesidad de que el Espíritu nos revele la persona de Jesús. Sólo en la contemplación de Jesús será posible elegir según la voluntad de Dios. Nuestro discernimiento será siempre un discernir desde Jesús. Se trata de un vivir «con El y como El», estar profundamente apegados, a sus valores, sus actitudes, sus preferencias.

A nivel humano, toda opción se hace desde una escala de valores, desde un cuadro de referencia afectivo, fruto del modo concreto de nuestro vivir y actuar. Pero nuestros afectos, nuestra sensibilidad pueden estar o no en sintonía con la persona y los valores de Jesús, con su evangelio. Esta identificación Jesús no es una condición secundaria para discernir.

La indiferencia: la libertad del espíritu

Es un don del Espíritu que tenemos que suplicar para cada uno y para el grupo que discernen. Estamos en indiferencia cuando nos sentimos revestidos de la libertad que lleva al convencimiento de que Dios y su voluntad es lo primero y de que todas las demás cosas, las que se están eligiendo también, no son sino medios para ir hacia Él.

No se renuncia a los pareceres que tengo a favor o en contra de una de las alternativas propuestas a la elección. El único afecto que debe extinguirse es el apego desordenado que obstaculiza la libertad para la elección.

Exige una fuerte experiencia de fe

El discernimiento es un acto de escucha y de confianza en Dios, que guía a los individuos y a los grupos, que tiene un proyecto concreto para las personas, las comunidades, las Congregaciones y que lo manifiesta por su Palabra, a través de la Iglesia, de los signos de los tiempos, de situaciones y circunstancias concretas. Y de modo particular, en el

discernimiento común, a través de los hermanos que discernen juntos. Si no se cree en esto, no es posible discernir en el Espíritu.

Docilidad al Espíritu

Es lo opuesto a las actitudes «iluminadas», de autosuficiencia que se creen no necesitadas de buscar, ni de aprender. No escuchan a Dios, aunque crean que sí lo buscan; tampoco escuchan a los demás, porque ya lo saben todo; antes de iniciar el discernimiento tienen claro lo que hay que decidir, lo que se debe hacer en la situación concreta, etc. Parecida es la actitud del que quiere, aún con buena voluntad, hacer prevalecer dentro del grupo su parecer por creerse mejor informado o capacitado, porque se cree en posición de la verdad.

Apertura a las sorpresas del Espíritu

El discernimiento exige esa apertura a la sorpresa del Espíritu que nos puede llegar a través de nuestros hermanos. Aquí está siempre el problema: abrirse a una palabra de Dios, a una manifestación de Dios que en el discernimiento en común tiene rostro humano, nombres y apellidos... historia, defectos..., por eso es tan necesaria la fe.

Examen y purificación de nuestros «afectos desordenados». Discernimos desde nuestras situaciones personales

Cada uno va al proceso de discernimiento con la carga de sus propias situaciones y con sus actitudes personales. Mis circunstancias me acompañan y me influyen. Mis afectos desordenados perturban mi libertad. Previo al discernimiento, se hace necesario un examen sincero delante de Dios. Habrá que purificar cualquier situación de bloqueo que pudiera existir en las relaciones interpersonales que lleva a la incomunicabilidad entre algunos de los miembros del grupo.

Si tengo posiciones críticas las expreso desde «dentro» buscando sólo el bien del cuerpo y no otros intereses.

El espíritu de comunión: Un solo corazón y una sola alma

El Espíritu crea la comunión y nos hace sentirnos miembros vivos y activos de un mismo cuerpo. Con su fuerza unitiva, la divergencia será reconducida y provechosa. Pero si nos empeñamos en proponer nuestros pareceres confrontados con los de los demás, será imposible la convergencia y romperemos la comunión.

Hay apertura al Espíritu cuando se tiene la actitud de salir del «propio amor, querer e interés», cuando se abre a la posibilidad de ser complementado por los otros. La actitud de apertura a los otros hace posible que los fuertes se hagan débiles escuchadores y los débiles sean escuchados.

La escucha: condición esencial para discernir en el Espíritu

Actitudes para la escucha

En el discernimiento en común nos disponemos a escuchar lo que Dios quiere a través de la escucha a cada uno de los hermanos. Significa dar cabida en nosotros a los demás, a sus puntos de vista, sus convicciones. La verdadera escucha exige estar en disposición de cambiar de opinión cuando escuche las opiniones de los demás. Aceptar que los demás nos cuestionen: aceptar que el Señor nos hable a través de este o aquel. Esta disponibilidad desenmascara nuestras ambigüedades y prejuicios; verifica si algunas de nuestras seguridades son auténticas o falsas, si de verdad buscamos lo que Dios quiere o, sin manifestarlo, nos buscamos a nosotros mismos, o queremos que prevalezcan nuestras propuestas sobre las de los demás.

No significa que yo no tenga un criterio personal sobre los asuntos. Significa que soy consciente de que estamos en un proceso de discernimiento, que me abro a la escucha del Señor buscando su voluntad de Dios, que yo no tengo toda la verdad, sino que la compartimos entre todos.

La actitud de no aceptar previamente la posibilidad de cambiar mi opinión significa que, de hecho, no voy a escuchar, y en el fondo estoy manifestando que no busco lo que Dios quiere, porque me siento poseedor de lo que se debe elegir.

Posibles formas de escucha no auténticas

Hay formas de «escucha» que no son auténticas disposiciones para la búsqueda

en común. Hay una escucha blindada. «Ya te conozco demasiado bien» y pongo mis barreras. Oigo una intervención y pienso: «ya sabía lo que iba a decir», «ya sé lo que hay debajo de esas palabras». Hay una escucha dialéctica: escucho tus argumentos para rebatirlos; no ha acabado de hablar y ya se me han ocurrido treinta respuestas. Escucha de maestro a discípulo que tampoco es propia del discernimiento, donde todos somos discípulos en la escucha del Espíritu. Hay una escucha en la que nos oímos nosotros en el otro y seleccionamos aquello que me confirma en mi postura, dejando pasar lo que es diferente.

Escuchar implica disposición a recibir, paciencia para admitir el ritmo del otro, capacidad de encaje de lo inesperado y lo sorprendente, saber valorar un contenido torpemente formulado.

La escucha necesaria, pues, es una escucha vulnerable: estoy dispuesto a que lo que escuche cambie mis pre-comprensiones, mis prejuicios. Una actitud que reconozca en todos la capacidad de conocer la verdad, de ser mediaciones que nos transmiten la voluntad de Dios.

Conclusión

Síntesis de las actitudes más aptas para el discernimiento en común, inspirada en los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio (EE.EE. 136ss) (cf. Juan A Guerrero, artículo manuscrito, sin publicar).

Dos lugares

Nuestros proyectos se pueden discutir en **Babilonia** y se pueden dialogar en **Jerusalén**. En Babilonia siempre hablamos desde fuera, porque es el lugar al que no pertenecemos. Es el lugar del exilio, de la cautividad, donde no hay comunión. No somos iguales, mayores y jóvenes, conservadores y progresistas, constituyen siempre dos nosotros. En Babilonia las diferencias son excluyentes, la discusión es divergente.

En Jerusalén, estamos en casa. Nos congrega el Señor que nos ha convocado. La conversación es convergente, se dialoga, se respeta y acoge la diversidad. Solo hay un nosotros.

Dos estilos

Hablar desde la cátedra: defendiendo con prepotencia la propia verdad, sin la más mínima duda. Un grupo en el que todos hablan desde la cátedra difícilmente logrará la paz y será estéril.

O el **estilo de Jesús:** en la fila de los pecadores; sencillo y humilde, que propone, escucha, comparte.

Dos actitudes

Oración humilde y confiada. Para no ser engañados necesitamos una luz que viene de lo alto. Necesitamos pedir la gracia para defendernos de los «engaños luminosos», de las «falsas luces» y saber desenmascararlos en nosotros y en el grupo.

La actitud del que se cree lúcido. Convencido de que mi postura o mis propuestas son las verdaderas y eficaces. Que no vamos a ser engañados; ni siquiera nos situamos en la posibilidad de serlo.

Dos referencias imprescindibles

El Señor Jesús. En todo discernimiento no puede faltar la referencia explícita a Jesús, el Señor, al proceso apasionado de identificación con Cristo. Todo ello es esencial para nuestra misión y conlleva el vaciamiento de mis a priori, sin lo cual no es posible discernir.

El mundo. La segunda referencia será una mirada que nos saque «fuera» de nosotros mismos y nos lleve a las periferias; una mirada que es capaz de atravesar las apariencias y que huye de la superficialidad de las primeras impresiones y de los juicios precipitados. Si el mundo no nos afecta así, si no dejamos que los pobres entren en nuestras vidas y las conviertan, no es posible discernir lo que Dios quiere de nosotros de cara a la misión.

Resumen de:
Discernimiento espiritual
en la toma de decisiones en la Vida religiosa,
Elías Royón Lara, s.j.
Cuaderno Confer, nº 40

Gracias al Padre Eduardo Millán, c.s.v.
por su trabajo de síntesis.